



Discriminación en el siglo XXI



Boda gitana en Bulgaria.

BARRERAS QUE NO CAEN ▶ En Europa se estima que hay doce millones de personas de etnia gitana y la mayoría, tanto en Rumanía como en España, se enfrenta al estigma. Su forma de vida choca de frente con sociedades que no los acepta y en las que no se integran.

El estigma de ser gitano no caduca

POR: M. GASCÓN/GUSTAVO MONGE
FOTO: AEP

IOAN IULIAN y su familia recogen uvas en una viña del pueblo rumano de Liesti, en la región suroriental de Vrancea. Trabajan sin descanso desde hace varias horas, en pleno horario escolar en las viñas de un payo local, que a cambio de dinero les permite recoger la fruta que venderán en otros pueblos.

Los Ioan reciben con desconfianza. La temporada de la uva les ha dado una oportunidad, pero con la llegada del frío deberán buscarse un nuevo empleo.

Los gitanos suponen un 80 por

ciento de la población total de Liesti (unas 6.400 personas) y viven mayoritariamente de la venta ambulante de chatarra y productos del campo.

Los beneficios son pocos y la crisis aprieta, pero la mujer de Iulian no parece lamentar la vuelta a casa. «Ya que todo es difícil, mejor en casa», contesta con cierto sarcasmo.

Estimada en más de dos millones de personas, la población gitana de Rumanía vive estigmatizada por el desempleo y la pobreza extrema.

El rechazo a los roma, nombre que exige la corrección política por

las connotaciones peyorativas del tradicional tigan (gitano), sigue estando ampliamente generalizado en todos los estratos sociales.

Las aberraciones racistas en su contra son comunes y aceptadas entre taxistas y camareros, pero también entre médicos y profesores. «En Rumanía no es políticamente incorrecto manifestar rechazo hacia los gitanos, incluso en términos que la legislación europea considera delito», explica el español Humberto García.

La mala fama que los delincuentes y mendigos gitanos que Rumanía exporta a España o Italia reporta al país son uno de los

principales reproches a la minoría roma, que como en todos los países carga con el estereotipo de estar formada por vagos, sucios y tramposos.

«Fuera del país creen que todos los rumanos somos gitanos, ladrones y mendigos como los que llenan las calles de las ciudades españolas», dice una profesora de inglés de 33 años, que pide el anonimato.

«Deberían especificar en los documentos de identidad de los gitanos que no son rumanos», asegura, sin prestar atención cuando se le recuerda que su exigencia contradice el principio democrático fundamental de la ciudadanía.

Aunque Rumanía no ha vivido la oleada de ataques xenófobos contra los gitanos observada recientemente en países como Hungría o Eslovaquia, los cerca de un millón de roma que, según las estimaciones más conservadoras, viven en el país, se enfrentan a diario a todo tipo de discriminaciones.

De acuerdo con trabajadores sociales, muchos patronos no contratan a los gitanos por el color de su piel, y a menudo, cuando lo hacen, les reservan puestos que no exigen contacto con el público para no espantarlo en los negocios.

Buena parte de las comunida-

Humberto García
Español en Rumanía

«No es políticamente incorrecto manifestar rechazo hacia los gitanos, incluso en términos que la UE consideraría delito»

Lubomir Samuhel
Político checo

«El problema de la etnia romaní está sin resolver desde la Segunda Guerra Mundial y desde los años 50»

des vive en poblados chabolistas, en una situación de extrema pobreza. El absentismo escolar está a la orden del día y los niños de etnia gitana son mayoría en muchos orfanatos a pesar de que los roma representan en torno al 5 por ciento de la población.

Algunos incidentes públicos son muy elocuentes sobre el rechazo que viven los gitanos en Rumanía. El presidente del país, Traian Basescu, fue grabado hace un par de años cuando llamaba a una periodista incómoda «gitana apóstata» y la cantante Madonna fue abucheada por sus propios seguidores en su concierto de agosto en Bucarest después de reivindicar desde el escenario el fin de la discriminación contra los roma.

Según Decadewatch, un programa que evalúa las estrategias de integración social de esta minoría en varios países europeos, más de un 70 por ciento de los gitanos rumanos trabaja al margen de la economía oficial. Asimismo, la tasa de pobreza extrema entre los romaníes es cinco veces mayor que la media nacional.

«Cuando te estableces al margen de una comunidad, trabajas, no robas; llevas a los niños a la escuela, no a mendigar», declaró Traian Basescu, el presidente del país, en referencia a los «nómadas».

Con todo, las asociaciones de gitanos critican la escasa eficacia de la política de integración, y ven pocas alternativas para la mayoría a la marginación o la emigración.

«Algunos repatriados nos contaron que en los campamentos de Francia vivían en condiciones diez veces mejores que en Rumanía», asegura Iulian Stoian, de la Alianza Cívica para los Romaníes.

Maricel Stoianescu, de 24 años, recién expulsado de Francia, paró unos días en su casa de Focsani (Vrancea) y volvió a migrar camino de Grecia. «Aquí no podía encontrar trabajo», dice su hermana, que cuenta que Maricel pasó un mes en una prisión francesa por robar en un supermercado.

Vestidas con lustradas faldas de colores vivos, familiares y amigas de Maricel hacen una barbacoa y

sueñan sin rastro de melancolía en recorrer Europa como el muchacho.

«A mí me gusta la vida y viajar», dice en español, que ha aprendido de las telenovelas sudamericanas una joven sana y sonriente de 18 años, que se presenta como Gabiata Versata, recorre los mercados de Rumanía y quiere conocer España.

DISTURBIOS EN CHEQUIA.

La situación de los gitanos es prácticamente la misma, o peor, en Centroeuropa. Así el norte de la República Checa, donde desde hace semanas se vienen produciendo choques entre la minoría romaní y el resto de la población, se ha convertido en caldo de cultivo de grupos ultranacionalistas, con un Gobierno de Praga que sólo se limita a reprimir levemente los altercados.

«Es un caldo de cultivo muy bueno. Los extremistas son aquí capaces de ganar seguidores», aseguró ayer Lubomir Samuhel, secretario del ayuntamiento de Varnsdorf.

El detonante de la crisis actual en el norte del país fue el ataque sufrido el 21 de agosto por seis niños no gitanos en Rumburk, que fueron duramente agredidos por una veintena de jóvenes romaníes.

«En Varnsdorf siempre hubo gitanos repartidos por el pueblo y sin efectos negativos. Ahora se han concentrado en el Centro de Servicios Sociales y funcionan como una jauría», destacó Samuhel.

El establecimiento público, administrado por el ayuntamiento, estaba previsto para los socialmente más débiles, así como de «herramienta intimidatoria para aquellos que no pagaran sus alquileres, y ha acabado convirtiéndose en un alojamiento de gitanos», añadió.

Samuhel dice que a los habitantes de Varnsdorf «no les gusta» lo que pasa, que radica en su opinión en que el sistema social «esté financiado por todos, pero no incentiva la búsqueda de trabajo».

Se ríe al ser preguntado si los gitanos se aprovechan del sistema de subvenciones. «El problema de la etnia romaní está sin resolver desde la Segunda Guerra Mundial y desde los años 50», apostilló.

Fue entonces cuando se desplazó a estos enclaves a la población romaní, y por medio de incentivos, ayudas sociales y leyes que pusieron fin al nomadismo gitano se pudieron repoblar los territorios checoslovacos fronterizos, ocupados antes por la minoría germana expulsada del país entre 1945 y 1947.